

El viento de la derrota

A propósito de la traducción

Por Gastón Sironi

*el traductor al japonés pregunta
¿japonés es la persona o el idioma?
(...) el traductor al japonés pregunta
¿hablar sobre el mar es pararse sobre las olas?*

Jorge Perednik, *Ensayos sobre la traducción*.

En el delta etimológico de la palabra *traducir* confluyen ríos varios: *conducir*, *trasladar*, *hacer cruzar* o *pasar de un lado a otro*. La idea de viaje está en esos orígenes: alguien que viaja y encuentra a un otro que habla en otra lengua, en otra melodía. Si en el mar de las palabras es arduo encontrar las que expresan lo preciso –lo justo, y también lo necesario–, las que *nos dicen*, si es difícil hacernos comprender en nuestra propia lengua, ¿cómo hacerlo con el extranjero?

La traducción es un eterno trasiego: llevar y traer versiones, girar, tornar, volver. Hacer cruzar la vida (la escritura de la vida) a través del tiempo y el espacio.

La travesía de esa navegación, cuya singladura recibe el nombre de derrota, es un viaje interminable que encuentra viento en la insatisfacción: ¿cuándo logramos decir lo que queremos decir? “Yo no encuentro: ¡busco!”, invocaba Lacan a Picasso, invirtiendo (traduciendo) su frase. “Más que capturar el objeto lo estamos perdiendo siempre, como a todo objeto que se ofrece a nuestro deseo”, dice Susana Romano en *Consuelo de lenguaje*. Deseo y pérdida, búsqueda y nostalgia: se llega a puerto, y ya en el muelle el destino parece diferente del buscado. Junto con la imposibilidad de equivalencia llega la angustia de la decisión, el inasible océano de la libertad.

Y sin embargo viajamos, y sin embargo traducimos.

La traducción en psicoanálisis es un viaje dentro del viaje. A un reino del lenguaje. A un reino donde el lenguaje es rey, y súbdito, y ley. Interpretar es traducir. Comprender es traducir, decía Steiner en *Después de Babel*.

Paul Ricœur compara el trabajo del recuerdo y el del duelo con la tarea del traductor: “El frente doble de una resistencia doble, que procede tanto de la lengua de origen como de la de llegada.” Sumergirse en la memoria de la propia lengua para abordar un texto en otra. Y traerlo a la nuestra, sabiendo que habrá angustia y pérdida. Pero también ganancia: la propia lengua se enriquece en el hospedaje de la ajena. Y seguirá enriqueciéndose, cuando alguien proponga otra versión, en otro tiempo, en otro espacio aun dentro de una misma lengua. Borges lo asienta con nitidez: “El concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión o al cansancio.” También al *copyright*, si pensamos en las traducciones “autorizadas” de los seminarios de Jacques Lacan. Pero nada en la lengua es estable, no puede “establecerse”: “un idioma es una entidad en permanente movimiento, en permanente transformación, es una inmensidad, es un río. Imposible detenerlo”, dice María Teresa Andruetto. Siempre puede haber otras versiones, otros viajes. Porque las traducciones *envejecen*, como postula Umberto Eco (ya en su apellido parece cifrarse una teoría de la traducción). El alemán de Freud es siempre el mismo, pero el río del español siguió corriendo después de López-Ballesteros y de Etcheverry. En el establishment teórico y académico se naturaliza el texto traducido, en un borramiento del proceso de traducción que genera la ilusión de estar leyendo a Freud, a Lacan (piénsese, por ejemplo, por qué “Etcheverry” es menos visible que “Amorrortu”).

Porque cambia la representación del lenguaje, porque cambia también su escucha, es que se retraduce a Shakespeare, a Cervantes. Entonces, ¿qué con Freud, con Lacan?

Entonces: seguir traduciéndolos. Hoy, y también mañana, desde Córdoba o Porto Alegre o Tacuarembó. Desde el margen, con irreverencia ante el canon, como provocaba Borges. Un trabajo de escritura de un texto nuevo, aquí y ahora, a partir de otro escrito en otra lengua, *allá lejos y hace tiempo*, parafraseando a Guillermo Enrique (¿o William Henry?) Hudson.

Si toda navegación es derrota, es también un nuevo comienzo, un mejor fracaso, el hallazgo de una pista para un nuevo hallazgo: “Los mejores traductores logran lo que la obra de arte: encontrar ante una imposibilidad una salida deslumbrante que no la resuelve”, dice Jorge Santiago Perednik. Ante el río en bruma, ante la distancia que nunca será igual a cero, la poeta y traductora uruguaya Circe Maia propone “acercarnos, hacer un eco. Siempre es mejor ver una ciudad lejana a través de mucha niebla que no verla. Por lo menos la vemos venir naciendo, nos acercamos”.

En castellano medieval se empleaba el término *trujamán*, de origen árabe, para referirse tanto al traductor como al intérprete. Traducción y psicoanálisis se anudan en la interpretación: un traslado de sí a otro para escucharse, en el mar de la transferencia, palabra donde también resuenan los orígenes de la traducción. Una traducción de la escucha. “Interpretar es traducir. Aun en una misma lengua. Porque la traducción es un problema del lenguaje, no de la lengua”, sostiene Meschonnic.

Recuerda Monica Horovitz en este mismo número de *Calibán*: “Hablamos para encontrar sentido y para darlo. Somos traductores permanentes, fracasando siempre frente a lo intraducible pero sin perder la esperanza de ser comprendidos” (abro un largo paréntesis, que vuelve sobre la invisibilidad del fenómeno: cito a Horovitz según mi traducción/interpretación de su francés, que a la vez es su segunda lengua; digamos una primera versión, en la que las comillas no deben implicar: “Monica Horovitz dice”, como si fuera una transcripción, sino: “Ésta es mi versión de 2015 en el castellano de Córdoba, Argentina, de lo que Monica Horovitz escribió en francés en París el mismo año”).

La traducción tiene que ver con la lectura, es decir con la escucha. Por eso una palabra es una voz. Con ella se las verán el traductor y el analista. Aquél, trasegando sentidos y sonidos, giros, rimas y métricas, músicas y grañas. Éste, escudriñando sueños y lapsus, asociaciones libres y recuerdos reprimidos. Ambos con las palabras, las voces.

Para terminar, una versión de *Liminaire*, del poeta quebequense Gaston Miron, que tal vez nos hable de este viaje sin fin:

Liminar

*Hice desde más lejos que yo un viaje delirante
hace tiempo que no volvía a verme
aquí estoy en mí como un hombre en una casa
que se ha hecho en su ausencia
yo te saludo, silencio
no he vuelto por volver
llegué a aquello que comienza.*

Referencias

Eco, Umberto (2008). *Decir casi lo mismo. Experiencias de traducción*. Traducción de Helena Lozano Miralles. Barcelona: Lumen.

- Maia, Circe (2013). *La pesadora de perlas. Obra poética y conversaciones con María Teresa Andruetto*. Córdoba, Argentina: Viento de Fondo.
- Meschonnic, Henri (2009). *Ética y política del traducir*. Traducción de Hugo Savino. Buenos Aires: Leviatán.
- Perednik, Jorge Santiago (2012). *Ensayos sobre la traducción*. Buenos Aires: Descierto.
- Ricoeur, Paul (2005). *Sobre la traducción*. Traducción de Patricia Willson. Buenos Aires: Paidós.
- Romano Sued, Susana (2005). *Consuelo de lenguaje. Problemáticas de traducción*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Waisman, Sergio (2005). *Borges y la traducción*. Traducción de Marcelo Cohen. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.